

J. GÓMEZ PALLARÉS, *Studiosa Roma. Los géneros literarios en la cultura romana. Notas para su explicación, de Apio Claudio a Isidoro*, Barcelona, Universitat Autònoma, Servei de Publicacions, Bellaterra 2003, pp. 540.

Quien espere encontrarse con una nueva historia de la literatura latina al uso, se verá defraudado ante estas páginas, pero el lector que se adentre en ellas se sentirá enseguida atrapado por la frescura que hace amena una obra como ésta, a pesar de su densidad, y, después, por otras cualidades que más adelante detallaremos; por último, comprobará que este texto, haciendo caso a su subtítulo, lo que nos proporciona es una excelente guía para la explicación de los géneros literarios latinos; es algo así como un libro de cabecera del profesor, que nace de la experiencia personal de Gómez Pallarés, escrito de un modo directo –yo diría que sentido y vivido, salpicado de recuerdos y anécdotas personales– y que destaca ante todo por su honradez. Reconoce el autor, en efecto, que la base fundamental del libro constituyó la memoria o proyecto docente presentado para su oposición a cátedra, en febrero de 2002 (*cf.* p. 11 del prólogo). Pero no se trata, como en muchos casos ocurre en nuestras disciplinas –por desgracia–, del proyecto de algo que no se va a hacer o de la memoria de lo que nunca se ha hecho, sino de una concepción del fenómeno literario que se alumbra desde el contacto directo con los alumnos y con los textos, mediante la unión perfecta del que sabe ser a la vez docente e investigador. Como asegura J. L. Moralejo en uno de sus trabajos: “es claro que cuando un buen profesor explica un texto, no sólo transmite a sus alumnos sus contenidos fundamentales, sino también unos ciertos modelos de exégesis, aplicables a cualquier otro, y transmisibles a su vez a las venideras generaciones de filólogos”¹.

Así pues, con la pretensión de hacer públicos los medios que utiliza su autor para preparar sus clases, se abre el libro con un prólogo (pp. 11-15) que supone toda una declaración de intenciones: “Mi intención es la de presentar un trabajo utilizable, que ofrezca fundamentalmente aquellos elementos que más me ayudan en mi trabajo” (p. 12). Tras este prólogo pudiera parecer que estamos ante “lo de siempre”, el esquema basado en el trípode concepto, método y fuentes. Pero no es así, al menos no del todo. Y es que hay que decir que en esa tensión entre tradición y originalidad que recorre toda la literatura latina también se siente inmerso el autor y, a tono con el tema que le ocupa, decide conscientemente seguir la mejor tradición de la filología clásica combinándola con unos toques de originalidad, cumpliendo así uno de sus objetivos (*cf.* p. 535).

¹ J. L. Moralejo, “Ideas para un debate sobre contenidos y métodos en la especialidad de Filología Clásica”, en F. R. Adrados, ed., *Didáctica de las Humanidades Clásicas*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1994, p. 85.

Prueba de lo primero, de la tradición bien entendida y mejor asumida, es el capítulo titulado “Mi concepto de la filología latina” (pp. 17-24), en el que reivindica la figura del “filólogo total”, haciendo suyos los postulados de los grandes de la filología, a partir de Wilamowitz: “estoy convencido –nos dice– de que un filólogo latino debe intentar poseer los conocimientos necesarios que le permitan, por lo menos, no sentirse incómodo en ninguno de los campos de estudio que le puedan afectar”, de ahí se deriva una inquietud o curiosidad “que nos tiene que guiar en la consecución del objeto primero de la filología latina: conocer de una manera adecuada el texto, qué dice, en qué entorno se ha escrito y por qué, intentar saber qué pensaba el autor y por qué lo hacía, para poder llegar, algún día, a una mejor edición del mismo”. (p. 19). En esta inquietud se encuentra la clave para la lectura del resto del libro que nos ocupa.

Y prueba de la originalidad a la que también apuntábamos como nota destacada es que estamos ante una obra organizada en ¡libros! como los propios monumentos de la literatura latina. Eso sí, la división en cuatro libros responde más al homenaje a nuestros clásicos objeto de estudio que a razones prácticas, pues no afecta demasiado a la estructura del texto. De hecho, el autor habría preferido que le salieran tres, pero al final, dado el volumen del conjunto, se vio obligado a pensar en un cuarto libro (*cf.* p. 12). También da muestras del talante novedoso de esta obra su representación icónica, que recuerda a las críticas de cine de la prensa escrita; con una serie de viñetas se deja muy claro al lector, sea éste alumno o profesor, qué es prescindible o imprescindible, bueno o muy bueno, y a ello se añaden, además, algunas citas que no tienen una valoración específica.

Como no podía ser menos, de acuerdo con el concepto que el autor presenta de la filología latina, el libro primero reserva un apartado inicial a la crítica textual, con el explícito título de “Transmisión manuscrita y principales ediciones de uso de los autores y textos susceptibles de integrar mi canon de la literatura latina” (pp. 25-55). Se trata de poner en él “todas las cartas sobre la mesa”, dando cuenta al lector de cuáles son las ediciones que Gómez Pallarés elige para leer y comentar en clase a los autores y textos fundamentales. En este apartado se limita a los autores que forman su “canon”²; del resto de obras y autores “el lector también encontrará cumplida información de las ediciones, pero en el lugar correspondiente del temario” (p. 25). Estamos ante una selección, por tanto, personal, como él mismo reconoce, y discutible, por supuesto, aunque consideramos bastante atinada. Eso sí, también puede tildarse de ambiciosa, si tenemos en cuenta los niveles en los que el docente tiene que moverse en la actualidad.

² Del sentido con que se utiliza este término en el texto nos informa el autor en la p. 26: “‘elección de autores y libros por parte de una institución de enseñanza’ (añado yo), para su lectura, traducción, estudio y comentario”. El entrecomillado lo toma prestado de H. Bloom, *The Western Canon*, Nueva York 1994 (trad. esp. en Barcelona, Anagrama, 1995) con añadidos personales.

Se trata de un listado de 43 autores, que, dentro de los límites cronológicos del *Thesaurus Linguae Latinae*, va desde Plauto hasta Claudiano, y alfabéticamente arranca en Amiano Marcelino hasta desembocar en Vitruvio. El esquema que repite es el siguiente: presenta su edición favorita y otras no desdeñables, y hace un breve apunte sobre la tradición manuscrita del autor y sus principales hitos. Notamos que el autor le tiene cierta querencia a la colección Teubner, aunque justificada en la mayoría de los casos; y prueba de que toda arbitrariedad está desterrada de estos pagos es su admiración confesa, palpable de principio a fin del libro, por el maestro oxoniense A. E. Housman, paladín de críticos (*cf.*, por ejemplo, p. 40 ó 515 y ss.).

En este apartado se introducen también nuevos signos icónicos que aluden a los textos susceptibles de ser traducidos, leídos y comentados en clase. Y es aquí donde el lector-profesor puede echar en falta iconos en algunos autores; por ejemplo, desde nuestro humilde punto de vista, faltarían en Catulo, Horacio, Enio, Lucrecio, Plauto, Terencio o el propio Virgilio (en algunos casos parece que se le han olvidado, a juzgar por el trato que a continuación da a estos mismos autores en el desarrollo del programa de literatura). Y, teniendo en cuenta el panorama con el que nos encontramos en nuestras aulas, quizá me sobran símbolos en otros, como en el caso de Claudiano. En este sentido, también se puede lamentar que el autor renuncie a recomendar o a hacer una selección de traducciones, hoy tan necesarias para nuestros alumnos, sobre todo cuando se trata, como hace Gómez Pallarés, de comentar de modo especial textos meta-literarios, a los que difícilmente puede llegar el alumno en versión original. No obstante, a veces tiene que hacer sus concesiones ante la calidad de algunos textos vertidos al castellano, como en el caso del Lucrecio de A. García Calvo, el Salustio de Pabón o el Petronio de Díaz y Díaz, entre otros.

A este primer canon, se añade un “Apéndice. Para un canon de autores y obras latinas cristianas” (pp. 57-61) que tiene la sana intención de reivindicarlos en los planes de estudio (p. 57). Estamos ante una relación de 22 autores más la Biblia, desde los primeros autores cristianos hasta los siglos VII-VIII, de Ambrosio de Milán a la Vulgata y por orden alfabético; una relación que no puede ni pretende ser tan ambiciosa como la anterior en la presentación de sus datos, por varias razones que señala el autor: “los datos sobre la transmisión manuscrita de las obras son mucho más difíciles de reunir porque tienen muchísimos más testimonios, más dispersos y, en la mayoría de casos, peor estudiados; en segundo lugar, de ello se deriva que no todas las obras que se citan gozan de una buena edición crítica que se pueda consultar con cierta facilidad” (p. 57).

Tampoco es pretencioso el listado en la selección de los fragmentos: no puede serlo, pensado, como está, para la docencia; por eso difícilmente podrán echársele en cara ausencias, aunque uno las note, conforme a sus gustos personales. En éste, como en tantos otros detalles, el libro que nos ocupa tiene la virtud de enseñar, pero no el defecto de dogmatizar.

Todavía en el libro primero, encontramos a continuación el capítulo titulado “Programa de literatura latina” (pp. 63-83), en el cual se dibujan los ejes sobre los que pivota su explicación de la literatura latina y que son, en primer lugar, “la explicación de los hechos literarios más relevantes de la civilización romana”; en segundo lugar, la sucesión cronológica; en tercero, la perspectiva de los géneros literarios; y, en cuarto y último, el abanico temporal que se define desde las primeras manifestaciones literarias hasta el final del Imperio (p. 63). A modo de aviso a los lectores, el primero de sus párrafos nos advierte de la “organización del programa de literatura latina y de los datos que el lector encontrará en él” (pp. 63-64). Así, de entrada, sabemos lo que nos vamos a encontrar a lo largo de esta programación: una introducción general, con su correspondiente reflexión sobre la bibliografía de base “imprescindible para elaborar los temas”: en concreto, se trata de la bibliografía de bibliografías y de los manuales, por áreas de influencia: germánica, italiana, anglosajona, francesa e hispana (pp. 70-76), una primera selección de otra bibliografía de los manuales que conviene conocer (pp. 76-78) y también un desarrollo sistemático para cada tema.

En cuanto a la “Breve introducción general” que precede a la presentación-índice del programa (pp. 64-69), en ella aborda la delicada cuestión de los géneros literarios: “¿sí o no?, ¿hasta qué punto sí o no?, ¿géneros literarios contra explicación cronológica?, ¿síntesis?”. Pero, tras los interrogantes, su opinión es clara al respecto: “no hay mejor manera de presentar el hecho literario en la antigüedad grecolatina que a través de los géneros literarios y, dentro de una presentación genérica, ofrecer, hasta donde nuestros conocimientos lleguen, un ordenamiento cronológico. Así creo que hay que sistematizar los datos de la literatura latina (sea cual sea la época que se estudia) y así lo he intentado hacer en este programa” (p. 65). Esta opinión viene refrendada por el apoyo de las autoridades, como Quintiliano, y se asienta en una definición modélica de lo que es género. Siguiendo esta línea, y a modo de síntesis de la bibliografía específica que para el tema en cuestión presenta en las páginas 69-70, Gómez Pallarés hace una excelente explicación de lo que supone la convención del género literario, de sus leyes y de las “contaminaciones” que se producen entre unos y otros, para manifestar finalmente: “El género literario es una categoría fundamental de la propia estética de la antigüedad, y a descubrir sus leyes y normas, cómo y en qué manera influyeron en la creación de una determinada obra (quizás éste sea el proceso más costoso y difícil del aprendizaje de la literatura latina), tienen que dedicar sus esfuerzos mayores los estudiantes de esta materia, y yo con ellos” (p. 67).

Pero también insiste en la importancia de no perder de vista la cronología, precisamente para conocer la evolución del género, el público receptor de la obra y otro aspecto fundamental como es el de la intertextualidad, tan de moda ahora por otra parte.

Cerrado este primer apartado bibliográfico general, “en una ojeada” esquemática se ofrece el programa de literatura latina (pp. 78-83), compuesto por 18 temas, el primero de los cuales es una “introducción a la literatura latina”. Tras ella, 17 temas abordan todos los géneros, comenzando por la historiografía hasta llegar a la novela, pasando por los siguientes: prosa técnica, los escritos gramaticales, literatura jurídica (que cierra el libro primero), la oratoria y la retórica, epistolografía, la prosa filosófica, literatura escénica, sátira, epigrama, poesía épica (aquí concluye el segundo), poesía lírica, poesía elegíaca (estos dos conforman el libro tercero), poesía bucólica, poesía didáctica y la fábula. A ellos viene a sumarse un “Apéndice de autores latinos cristianos fundamentales” (pp. 485-513), en el que selecciona 9, de Tertuliano a Casiodoro e Isidoro, por orden cronológico, “unos pocos y fundamentales autores latinos cristianos” que se distinguen de aquellos, también cristianos (Firmico Materno, Boecio, etc.), cuyas obras podían ser explicadas dentro de determinados géneros y no eran, “ni en esencia ni en forma”, cristianas. La selección se ha hecho de modo coherente, atendiendo al impacto de la obra de estos escritores de cara a la posteridad y también al respeto por el marco cronológico en que se inscribe el trabajo que reseñamos.

Hasta la página 84 no empieza el desarrollo pormenorizado de este programa, partiendo de la introducción, en la que contempla el autor cuatro puntos: 1.1. Problemas generales: concepto, límites y características; 1.2. La cuestión de los géneros literarios; 1.3. Enseñar a “hacer” historia de la literatura latina: el valor de los textos “meta-literarios”; 1.4. Primeros testimonios literarios latinos. De ellos, el 1.2. ha sido tratado con anterioridad en la “Breve introducción general”, por lo que no se repite, y el 1.3. y el 1.4. se reúnen en uno solo, por lo que esta subdivisión del temario despista un tanto al lector, que puede tener la sensación de que no se tratan todos los puntos presentados en el esquema previo.

Lo más interesante, a nuestro modo de ver, es el hincapié que se hace en los textos meta-literarios y aquellos que ofrecen informaciones autobiográficas de los autores. En efecto, es constante a lo largo del programa, en cualquiera de los temas, la importancia que se concede a los pasajes programáticos o que sirven para explicar la literatura a partir de los testimonios literarios, es decir, los textos con los propios textos, lo que lleva a hacer literatura de primera mano, “sin la mediación de los manuales”. Y es que continuamente se nos invita a leer o releer a los autores, algo que olvidan muchas historias de la literatura, que parecen haber crecido unas a espaldas y otras a expensas de los textos, pero a gran distancia de los mismos en más ocasiones de las debidas. Aquí se conjura decididamente cualquiera de estas tentaciones y se niega cualquier apriorismo; sirva de ejemplo el caso de la literatura técnica, con sus declaraciones al respecto, en las páginas 127-129, o la firme convicción que expresa en la p. 342: “Creo sinceramente que para preparar este tema –se trata de la poesía lírica– no hay como leer con calma los fragmentos de estos poetas y hacer un breve comentario sobre ellos”. Y, como el movimiento se

demuestra andando, Gómez Pallarés inserta un apéndice al punto 13.4 del temario (pp. 359-398) que contiene la elaboración de un tema-paradigma, “como si lo hubiese preparado con vistas a una exposición más minuciosa en clase”, con el siguiente guión: i. *Vita Horati*; ii. *carm.* I-III; iii. Comentarios al establecimiento del texto de *carm.* 1,1; iv. Comentario de *carm.* 1,1; v. Traducción (al catalán, por supuesto, por ser su lengua materna y en la que imparte sus clases). Y ante la exposición que hace, uno no puede por menos que quitarse el sombrero; de la teoría a la práctica, demuestra cómo debe proceder el docente universitario: lleva la bibliografía a clase, la pone a disposición de los alumnos, la comenta y critica (primero las ediciones, luego los estudios generales, los comentarios específicos, las traducciones), pero, sobre todo, promueve la lectura y el comentario del texto, desde todos los puntos de vista, y en orden descendente, hasta llegar a la exégesis verso a verso.

Por lo demás, y en líneas generales, el programa en su conjunto responde al siguiente esquema: una introducción general, donde se perfilan las principales líneas de trabajo y problemas que surgen en torno al género en cuestión (con especial atención a los orígenes y desarrollos posteriores), las referencias a los manuales y la bibliografía fundamental para las explicaciones de clase (con indicaciones a propósito de cómo conseguirla), sus reflexiones personales para cada sub-tema específico, que incluyen datos sobre las ediciones más fiables, biografía y producción literaria de los autores, y una atención especial al contexto, en amplio sentido (cronológico, histórico, estético, etc.), en el que hay que situar, para entenderlos, tanto a los artistas como a sus obras.

En atención al número de páginas y el desarrollo pormenorizado del temario, se observa cierta descompensación en el tratamiento a favor de los temas de poesía, muy comprensible, teniendo en cuenta la trayectoria como investigador del autor, lo cual, lejos de perjudicar, enriquece considerablemente las explicaciones y nutre de opiniones y teorías personales una buena porción de texto (*cf.*, por ejemplo, las pp. 262-363, a propósito de la literatura escénica).

Podemos decir que el libro en su conjunto es fruto de la experiencia en el aula, de las lecturas llevadas a cabo durante años, primero como alumno y luego como docente e investigador, y se ha compuesto en un tono ameno, lejos de la *gravitas* o afectación a que nos tienen acostumbrados otros, con sentido del humor³, sin erudición superflua, y en un estilo directo, coloquial, que tal vez es el responsable de algunos errores en la redacción: son muchas las veces que no acentúa “cómo” en interrogativas indirectas (*cf.* pp. 250, 288, 371, 430...); otra vez ocurre lo mismo con “cuán”, sin tilde (p. 251); otros deslices nos muestran el galicismo “en base a” (pp. 289, 485) o la inconsecuencia de apellidar al crítico y gramático Volcacio unas

³ Los guiños al lector se multiplican: léanse, por ejemplo, con atención las páginas 193, 229, 255 ó 400.

veces Seisdedos (pp. 250, 257), que suena muy castizo en su acepción castellana, y otras Sedígito (p. 252), en versión tradicional. No obstante, puestos a hacer una fe de erratas, que más bien es profesión de fe de quien se ha leído de cabo a rabo el texto, se encuentran francamente pocas (“Fedeli”, p. 47, o “un parte”, p. 508; también se le olvida cerrar un paréntesis en la p. 523).

Cierra el cuarto y último libro el capítulo de “*Instrumenta philologa: Bibliografía para la enseñanza y la investigación en filología latina*” (pp. 515-533), en el que destacan dos aspectos esenciales: por un lado, el autor prefiere recomendar “poco y bueno” y no lanzar sin más al lector a la selva bibliográfica, sin una serie de consejos para moverse por ella; y, por otro, de la mano de Housman, nos enseña que “con la información no basta, hay que saber utilizarla. En los tiempos de ‘Internet’, esta afirmación resulta casi profética” (p. 516). Se repasan las colecciones de textos, los repertorios bibliográficos, diccionarios y enciclopedias, revistas y un sinfín de recursos *on line*, con las direcciones y datos *ad hoc*, a tono con la modernidad, pero con consejos para navegantes —y nunca mejor dicho—, avisando de que muchas veces se trata de páginas cuya puesta al día nos hará conscientes de lo efímero y de que nuestro ordenador nos ahorrará trabajo, pero no nos aportará ni un solo gramo de inteligencia. Gómez Pallarés, *housmaniano* convencido, insiste en fomentar el espíritu crítico entre los filólogos. Al conocimiento hay que añadirle seso, de ahí que resuma su sentir una cita de Sir Alfred, muy apropiada: “hay que tener una cabeza encima de los hombros y no una calabaza, un cerebro que funcione y no un púding en su interior”.

Tras el epílogo (p. 535), encontramos un índice temático (pp. 537-540) y unas páginas en blanco reservadas para las anotaciones oportunas, prueba de que se ha querido ofrecer un libro abierto al lector, en todas las acepciones del término.

Aunque en el epílogo el autor avisaba de que su pretensión no ha sido “que este trabajo fuera original, al menos no en el sentido contemporáneo del adjetivo”, sí lo ha logrado, desde nuestro punto de vista, tanto en éste como en el sentido antiguo; usando sus propias palabras “ha digerido” los datos y los ha hecho suyos: yo diría, y más conociendo sus aficiones culinarias —que tampoco oculta a lo largo del libro—, que no se ha limitado al aliño y que, tras manejar muy bien los ingredientes, ha elaborado un buen menú. En la carta nos ofrece una invitación a leer, comprender y degustar la literatura latina, mediante las indicaciones de un buen *gourmet*.

De este excelente plato darán buena cuenta alumnos, profesores y, sobre todo —no lo olviden—, opositores en ciernes.